

EL RETO (CUENTO)

Aquella tarde de invierno presagiaba tragedia, como que algo se oía en el ambiente, se sentía de pronto un escozor en el cuerpo, un enchinamiento que, aunque fuera increíble, nos dejaba saber, como ondas del más allá, sobrenaturales, que habría borlote en el ejido.

Pedro J. Hernández, hacía tiempo que se había ausentado del rancho, desde el asunto aquel de las cabras perdidas que le achacara Asunción Godínez, el del tendajo, todo porque su caballo, que se le había soltado, dejó las huellas por el rumbo donde se perdieron las cabras a Abundio Zendejo, que trabajaba “a medias” con el comerciante.

Y aquel 3 de enero del '69 regresaba después de aquella ausencia de 10 años, sufrida la vergüenza de ser acusado y después de demostrar su inocencia y atrapados los autores del robo. Ni el altivo comerciante ni su socio tuvieron la atención de una disculpa, para ellos —según se dijo— seguía siendo un ratero, sin que hasta el momento se le comprobara nada de los falsos que se le levantaban.

Pedro J. Hernández volvía, doña Rosa su madre se sentía contenta pero también mortificada, conocía el genio atravesado del muchacho y temía que algo pasara, pues los dizque perjudicados, seguían diciendo atrocidades que, de tanto decirlas, ya hasta ellos se las creían y eso daba mala espina a Doña Rosa y a Julián su marido.

Vieron frenar la camioneta azul con franjas rojas y blancas, de rodado ancho, focos en el capicete, entre los ladridos del “Diamante” y la “Duquesa”, el par de perros lombricientos que tenían que recargarse

*Nació en General Terán (1938). Ha trabajado como empleado del gobierno Estatal, así como de CONAFE y del INEA, sin embargo, las ocupaciones que le han dado mayores satisfacciones son la de fotógrafo, poeta, locutor, escritor y cuenta cuentos. Es autor de diversos discos y libros sobre poesía, relatos y leyendas norestenses. Es conocido como el Cuentero Mayor. Cronista Honorario de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales del Estado de Nuevo León.

■Anastacio “Tacho” Carrillo Guajardo *

en la cerca de palos para no caerse en cada ladrido, pero moviendo el rabo, daban, como los demás, la bienvenida del hasta ahora ausente.

Doña rosa, abrazó a su hijo y dándole un beso en la mejilla le dijo:

—Qué bueno que viniste, hijo. La carta que mandaste hace dos meses no decía nada de que pensaras volver... ¿Cómo estás? Te ves más gordo y repuesto, hijo, qué bueno que estás aquí.

—Y qué, ¿no vas a saludar a este viejo achacoso? —dijo don Julián— ¡Venga un abrazo, mijo!



Se abrazaron con todo el cariño y el respeto que deben los hijos hacia sus padres. Disimuladamente, Don Julián toma de la cintura al muchacho y lo retira como para verlo mejor, el muchacho sintió la intención del viejo y con todo el respeto del mundo le dice:

—No tenga pendiente 'apá, ando desarmado, los juguetes los guardo en el veliz, esas cosas se cargan nomás cuando se ocupan y pa' usarse, no pa' lucirse.

—No se te quita lo enconoso, güerco. No era por ahí, pero ya que lo mencionas, vamos p'al fondo del solar a platicar de lo que piensas.

—'Ta bueno, vamos, pero no vengo en son de pleito, vengo a verlos nomás.

—Pos yo decía porque, ya ves cómo son de picabuches Abundio y Asunción, sobre todo cuando andan tomados, y no quisiera ni pensar lo que pueda pasar... con eso que eres tan atrabancado.

—Pos nomás que no le piquen al panal, porque se alborota el avispero, aunque yo no les voy a buscar, si me buscan... pos a ver...

—Ni siquiera lo pienses, Pedro. No quisiera que tuvieras con el Jesús en la boca a tu mamá ni con el susidio de que algo te pase.

—Pierda cuidado, 'apá, me sé cuidar. Los años en el ejército me formaron una disciplina de hombría de honor que no vas a poner en juego pa' divertir borrachos. Ahí, por mientras le doy una mano con el jale del rancho, pa' que se eche un descansito, ¿no cree? Y ya vamos con mamá Rosa que se ha de estar figurando otras cosas, ¡ándele!

—Cuélele por delante mijo.

Llegaron hasta la cocina reluciente de limpia, la mesa rústica con mantel bordado, las sillas de "tenaza" bien pintaditas pa' que no las pique el "jején" y el trastero hecho de tablones donde brillan los platos de lo limpio, allá en el rincón la tinaja y, nomás al entrar, el aguamanil siempre listo con el secador colgando por un lado del molino de mano donde todavía Doña Rosa no acepta el progreso del molino público porque, según ella, le roban la masa y no rinden las "gordas". Hasta allí llegó Pedro José, y se fue hasta el fondo, bajo el tapanco lleno de mazorcas y tomó el jumate para saborear un buche de agua exclamando:

—¡Esta sí es agua, no fregaderas!— Y siguió tomando, se acercó a la mesa y, de la canasta llena

de tortillas recién hechas, tomó una y la recalentó en el comal de barro, cubriendo de nuevo la cesta aquella con la servilleta también bordada con ramajes y flores rojas y amarillas; se fue luego hasta el zarzo que colgaba de una de las latas del techo de hoja de caña ennegrecido de hollín y tomó una gran porción de cuajada de leche de vaca y recordando la niñez le dice a su madre:

—Oiga, 'amá, mañana le encargo la nata cuando hierva la leche.

—Seguro, mijo, ya se me hacía tarde que no me lo dijeras.

—¿Qué razón me da de Lupita?

—Ha estado un poco mala, quedó delicada después del parto del último güerquío que tuvo interviene el viejo.

—Y José María, ¿qué hace, a qué se dedica?

—Se puso a criar marranos y pos le está yendo bien, él mismo los sacrifica y vende la carne por allá en el Álamo pa' los "turcos" contesta Doña Rosa.

—Y usté, 'apá, ¿Qué tiene de pendientes? Porque yo no vine a estar dioquis.

—Pos voy a tumbar maíz allá p'al recodo del arroyo, no es mucho: una besana.

—Pos mañana le ponemos y a más dar en tres días queda lista, ¿ya levantó el rastrojo?

Unas cuantas gavillas, faltan muchos monos.

Para ese entonces ya obscurecía y se fueron hasta la enramada que cubría el frente de la casa grande, donde aguardaban varias poltronas o butacas de madera.

Sentándose comenta el muchacho:

—Yo ya fumo, ¿me otorga su permiso de faltarle al respeto?

—Pos yo creo que ya se los gana ¿no? A propósito, a ver, déjeme ayudarlo en quemar su dinero, ya me cansé de forjar de hoja de maíz —riendo contesta Don Julián.

Pasaron las horas y aquella familia platica largamente hasta que doña Rosa vuelve a la cocina para hacer la cena que toman y temprana la noche se van a dormir.

Muy temprano el día, golpes de hacha que el eco regresaba rebotando en la cercana montaña despertó al par de viejos que, en su modorra del momento, habían olvidado el regreso de su hijo.



El abrazo

Doña Rosa, presurosa se levanta pensando que, si su hijo está rajando leña, es una inequívoca señal de que ya quiere el almuerzo.

Dinámica, se dirige a la cocina y desde donde está, Pedro le da los buenos días mientras recoge las rajas de madera para el fogón que ya encuentra prendido doña Rosa.

Acomodando la leña bajo el fogón, Pedro recibe una caricia de su madre cuando hincado, la mira con toda esa ternura que los buenos hijos profesan a sus progenitores.

—¿A qué horas te levantaste muchacho que no te sentí?

—Ya hace rato. Allá en el cuartel, la fajina empieza antes de que el sol se asome y pos uno se acostumbra, además, me conserva en forma...

—Ah, qué mijo, ya hasta hiciste café, —dice don Julián, que entra en la cocina en ese momento.

—Orita te preparo el almuerzo...

--¿Y qué piensa hacernos la reina de la casa? —dice Juan dando un beso en la frente a su madre.

—¿Qué les parece unos huevitos con chorizo? Está fresquecito, me lo trajo la comadre Lupe, apenas ayer.

Y diciendo y haciendo, enjuagó una cacerola, le puso manteca de puerco y preparó el platillo aderezado con chilito “piquin” que “amartajó” con unos tomatillos silvestres, “de cerca” como les dicen, pues se cosechan solos de las semillas que se tiran o comen las gallinas y sin sembrarlos hacen nacer las plantas.

Pues bien, ya almorzados, los dos hombres se dirigen a la labor, ya que Juan también había ensillado los caballos y estaban dispuestos a partir. Antes de despertar Juan había echado su cuarenta y cinco, escuadra reglamentaria en una de las alforjas con dos cargadores extras, por si las dudas.

Mientras tanto en el pueblo, Abundio y Asunción también amanecían pero, en la cantina, rumiando su odio hacia Pedro José. Borrachos como andaban solo pensaban molestarlo y lo hacían del conocimiento de todos los parroquianos que ese día que alboreaba apenas, era el último que viviría el mugroso roba cabras.

No le perdonaban que los jueces lo dejaran libre y por eso se habían armado, esperando que Pedro José bajara al pueblo para provocarlo. Pero pasó un largo mes y aquel par de rencorosos, todos los días presumían que seguramente Pedro José no caía por el poblado porque les tenía miedo.

Mientras el muchacho dedicaba su tiempo en pizar el maíz de la planta y después, ponerse a desgranar en la olotera para que los granos no levantaran ampolla en las manos —sobre todo a él que ya no estaba acostumbrado a esos menesteres— y ni siquiera tenía en mente el asunto aquel de las malditas cabras que le ocasionaron tantos problemas en el pasado.

Poco a poco fueron encostalandó el maíz desgranado y, cuando consideraran que había suficiente para ir a venderlo, lo pondrían en la camioneta para bajar al pueblo. Buscarían algún otro comerciante que no fuera Asunción para evitar cualquier dificultad pues, seguramente los estaba esperando para provocar.

Y la fecha se llegó. Después de cargar la camioneta hasta el tope —todavía adentro de la troje se dieron un baño y, cansados y todo, ya frescos se dispusieron a ir a cenar.

Doña Rosa, ya les tenía un guisado de cabrito

en salsa cuyo aroma alborotaba hasta a los perros del barrio que se encontraban junto los propios en la puerta de la cocina.

—¡Cada día huele más “padre” su cocina, Doña Rosita! —dice Pedro José

—Huele igual que siempre, así ha de ser el hambre que se cargan, par de “busgos”.

—No diga eso mi “viejita”, la “verdá” es que quién sabe qué le pones algunas veces a lo que preparas que hasta los perros del ejido se alborotan, ¡míralos!

Soltando la risa, Doña Rosa, los invita a sentarse:

—Anden, “aplástense”, “orita” les sirvo.

Diciendo y haciendo, atiza el fogón y poniendo los platos y la cazuela del guisado, se puso a sacar el “testal” y a tortear a mano para que los suyos se deleitaran con aquello que olía tan rico; ya no hubo plástica, aquel platillo no esperaba más, pues ya frío no sabe igual y con tortillas recién salidas del comal...

Un rato de charla bajo la enramada, saboreando un tabaco, reposando aquella delicia de cena, temprano, se dispondrían a vender el producto de su esfuerzo.

Tenían la intención de llegar con Marcelino de la Garza, el comerciante que tenía la tienda nomás entrando al pueblo, huyendo, no por miedo, de cualquier roce con aquel par de rencorosos.

Nomás al llegar, Don Julián entra a la tienda y pregunta por el dueño:

—Y Marcelino, ¿por dónde anda?

—Por el traspatio dando de comer a los gallos —le contesta el dependiente— ya ve que son su delirio, orita lo busco...

Al poco rato llegaba Marcelino sacudiéndose las manos y sonriente saluda a Don Julián y viendo a Pedro José también le estrecha la mano diciendo:

—¡Qué bueno que volviste, muchacho! Julián cada día está más viejo y ocupa la ayuda de ustedes, de ti pues, ya ves, tus hermanos se casaron y ...

—¡No diga eso, Marcelino, si no vienen, sus razones tendrán! No es malquerencia.

—¡Ay, Julián, tú siempre defendiéndolos!

—¿A poco tú hablarías mal de tus hijos?

—¡Claro que no! Y... ¿pa’ que soy bueno?

Primero pa’ saludarte y ... pos ahí traigo un maicito, ¿me lo compras?

—¡Claro!, no faltaba más, solo que no aumentó mucho el precio, nomás un “veinte” por kilo, tú dirás...

—¡’Ta bueno, mete la camioneta, m’hijo, pa’ descargar y pesar...

Esto se desarrollaba en paz, pero, no falta mosco en el atole. Un mirón que se tomaba un “Spur” con galletas de animalitos, nomás vio a Pedro José y mal se terminó la soda, se echó las galletas a la bolsa de la chaqueta y salió como rayo para llevar el chisme al vengativo de Asunción. Llegando, le preguntó:

—Oiga, Don, ¿cuánto me paga por una buena noticia?

—¡Depende! ¿Qué buenas me puedes traer tú, que me puedan servir?

—¡Pos apúntese con una buena propina y la suelto!

—Suéltela y ya veré cuánto vale.

—¿Cuánto daría por saber ’on ’tá en estos momentos Pedro José?

Fue tan rápida la forma en que se levantó, que casi se cae por la borrachera que se traía, sacó unos billetes del bolsillo y se los dio al chismoso intrigante aquel que, sin darse cuenta, estaba provocando el inicio de una tragedia.

Sabiendo dónde estaba el supuesto rival se dispuso a buscar como todo cobarde la compañía de Abundio, para enfrentar y “lavar la ofensa” que, solo en su mente existía.

—¡Ora si va a ver ese maldito roba cabras, a poco porque viene de estar en el ejército le vamos a tener miedo!

Se fue a buscar su pistola, una “colt” del caballito, calibre treinta y ocho. Se echó dos cargadores en la bolsa trasera del pantalón y salió casi corriendo a casa de Abundio al que, dicho sea de paso, ya se le había pasado parte del enojo contra Pedro José puesto que, si se había comprobado su inocencia y el verdadero culpable del delito ya había cumplido su condena y él había recuperado lo perdido, no entendía la razón de que su compadre

le “cargara la mano” al muchacho. Después de que Abundio se lo hizo saber, Asunción se puso furioso y entornando el gesto le preguntó:

—¿Y la ofensa compadre?

—Me la hizo a mí, no a ti. ¿Cuál es tu rabia? ¡No veo el motivo!

—¡Pos no le hace, yo le voy a quitar lo gallito a ese afrentoso soldadito de chocolate.

—¡Pero, compadre, te vas a “empaletar” y yo quiero que después se diga que fue mi culpa! ¿Es otra la causa que yo no sepa?

—Qué, ¿no te acuerdas de Lupita?

—Compadre, eso fue en la escuela, ella hasta se casó y vive feliz allá en Mc. Allen, y tú aquí, rumiando todavía tu derrota, total, nomás les dio “cuerda” a los dos y los dejó por otro, ¡en el corazón no se manda! Entiende, eso ya pasó, no me agarres de pretexto pa’ cometer una de tus tarugadas. Qué, ¿tu familia no cuenta?... ¡Si lo matas vas al bote, y yo de pilón! ¡Y si te mata, la que va a sufrir es tu gente! ¡Tus hijos y tu mujer que culpa tienen! Si quieres ir a buscarle “bronca” a Juan, conmigo no cuentes.

—¿Te me vas a “rajar” compadre? ¡Pa’ eso me gustabas, collón!.

—¡Pérate compadre! No me digas eso, tú, mejor que nadie, sabe que no soy ningún collón, ¡y no me obligues a tener que demostrártelo!

—¡Fue un decir Abundio, no te me enchiles! Nomás acompáñame, estando ahí te haces a un lado, y yo me arreglo.

—Ya te dije que no cuentes conmigo, así que ve tú solo. Yo no voy a exponer la tranquilidad de mi familia por una decepción amorosa ajena. Discúlpame compadre, ¡yo no voy! Y no vuelvas a decirme collón.

Con más coraje todavía, Asunción dio la vuelta y encaminó sus pasos al tendajo de Marcelino y llegó justo cuando terminaban de bajar la bultería del maíz, reponiéndola por otra cantidad de bultos vacíos. Se disponían a tomar una soda Bimbo de sabor bien helada cada uno, cuando Eligio, el dependiente, le dice a Juan José:

—Ponte “abusado” Juan, ahí te buscan. Muy disimuladamente, volteó para donde le indicaron y vio a Asunción sentado en el “molinete” que resguardaba la banqueta de contra-esquina del tendajo.

Don Julián no se dio cuenta y, tomando la palabra luego de un largo trago de soda, le dice a su hijo:

—Vamos a la tienda de los árabes, quiero comprarle unas cuantas cosas a tu mamá ahora que cayeron unos centavitos, antes de que se acaben.

Salieron por la puerta del patio donde estaba la camioneta y Asunción se quedó esperando, pues no salieron por donde él creía. Quería venadearlos porque de frente no se atrevía y, rumiando su coraje, no le quedó más que buscar otra ocasión con ventaja.

Mostrando su cobardía, se fue como perro apaleado, con la cola entre las patas. Con el coraje hasta le llegó la “cruda”, por lo que se regresó a la cantina para seguir tomando y presumir que Pedro José le había sacado la vuelta y no quiso hacerle frente, saliendo por el patio del tendajo, sin imaginar que fue todo lo contrario. No se lo hizo saber Don Pedro el cantinero del salón “Corona”, tratando de hacerle entender que con lo que buscaba era nomás arriesgar su vida por zonceras que nomás estaban en su cabeza.



autorretrato

—¿Y mi honor, Don Pedro?

—¿Cuál honor, muchacho? No estamos en la Edad Media. ¿Cómo es posible que en pleno siglo XX, que ya va de salida, tú me salgas con eso? ¿Estás tonto o qué?

—No, Don Pedro, no estoy lurias, solamente que me cae de la patada la seguridad con que se mueve el fantoche de Pedro José. Parece pavorreal.

—Es el coraje el que hace ver lo que no es. Y si bien hizo con irse al ejército, no le quedó más. Sin estudios suficientes, ¿quién lo ocupaba en la ciudad? ¡Nadie! Y luego tú, provocándolo, cupo más en él la prudencia y... ¿Cuál es la razón de tanto encono? Las cabras aparecieron, el culpable está en el “bote”. ¿Y tú?... igual. Desde hace rato andas provocando no a Pedro José, sino a la mismísima pelona.

—Es que... ¡Yo soy muy hombre y sería una vergüenza que no le atorara después de tanta hablada! Deje, yo sé mi cuento.

—Ándale, acábate la cerveza. Ya son las doce y no quiero que me multen, ya sabes cómo se las gasta el comandante, él dice que son órdenes del alcalde y...

Asunción, tambaleándose, por poco le da el “trueno” al salir, el golpe de aire lo destanteó tanto que, si no logra recargarse en la pared, da el ranazo, como a luego dicen.

Al llegar a su casa, su mujer, enterada porque no faltó quien le dijera lo que vio allá frente al comercio, lo esperaba con el Jesús en la boca, bien mortificada:

—Pos qué canijos tienes, viejo. Aquí estamos los güercos y yo con el corazón en el gañote, pensando lo peor. ¿Qué no piensas? ¿A poco crees que si te matan nos vamos a quedar contentos? Ya los güercos ’tán grandes y vas a dejar una retahíla de venganzas, así se han acabado familias enteras nomás porque alguien se sintió muy macho y comenzó el desmadre, muchas veces sin motivo... ¿Eso quieres?

Asunción no dijo nada. Rosario, su mujer, le sirvió la cena y, terminando, continuó con los quehaceres, tras lo cual se acostó a dormir al lado, ya que Asunción se había adelantado, y dormía como si no tuviera remordimientos de nada. Tanto era su afán de venganza que creía tener la razón en lo que hacía.

A la siguiente mañana, al primer canto del gallo,

se levantó bien crudo y se fue directo a la noria pero, no a tomar agua sino a lavarse la cara, Rosario solo lo vio y se encaminó a hablar con él.

—Y ’ora qué, ¿vas a seguir con tu terquedad?

—Mira, tú te callas, y déjame hacer lo que me venga en gana, no te metas, ¡yo sé lo que hago!

—¡Asunción! Te “alvierto” que si sigues con tus tarugadas, ¡te dejo!

—Y a dónde vas que más valgas... ¡Aquí te quedas y punto! ¡Ni se te ocurra largarte!

Terco como una mula, Asunción se puso la camisa, revisó su arma y se fue a buscar a su rival.

Pedro José, mientras tanto revisaba el aceite a su camioneta para ir al pueblo; cosa que hizo. Llevaba su arma a un lado en el asiento, ya le habían llegado noticias de las habladas de Asunción y, no queriendo seguir con la desconfianza de algo a traición, decidió buscarlo y enfrentarlo y aclarar de una vez por todas lo que traía en su contra.

La mañana había sido muy agradable, cantaban los pájaros, el sol brillaba en todo su esplendor y por allá a lo lejos se oían las notas de una canción de “Los Alegres”, no se sabía de dónde pues, en la quietud del pueblo, la música viajaba sin que otro sonido le perturbara.

En la gasolinera le dieron el chisme de que Asunción lo esperaba pa’ darse en la madre, según dijo el informante. Habiéndole servido lo pedido, Pedro José, enfiló hacia la plaza Zaragoza.

Ahí frente a la Iglesia, se paseaba su rival; adentro, la gente oía de la misa de once. Parecía locomotora antigua por el humo que echaba aquel hombre por la fumadera, de tan nervioso que estaba. Pedro José, bajó de su “mueble” se fajó la forniture y se fue directo a su oponente.

Ninguno sabía que, un día antes de estos hechos, Lupita, ajena a los acontecimientos, había regresado al pueblo y —coincidentalmente— estaba dentro del templo. Al terminar la misa, con su marido y sus hijos a un lado vio la discusión de aquellos dos. El marido, un amigo colorado, grandote, preguntó a su mujer:

—Hey! What’s happen?

A lo que contestó:

—*Nothing, I know them.*

Los rijosos, ya con las armas en las manos, esperaban una señal para matarse.

—Antes que esto comience Asunción, ¿cuál es tu bronca conmigo? Está bien que nunca hemos sido muy amigos, pero ¿a qué tanto encono?

—¿Ya no te acuerdas de la traición que me hiciste con Lupita?

Al oír esto, Pedro José, soltó una carcajada.

—¡Pero, eso fue cuando estábamos en tercer año!

Al mismo tiempo, Lupita soltó una risa estridente mientras aplaudía, gritando:

—Par de tarugos, nunca maduraron. Se siguen portando como dos güercos chipiles y malcriados. Ya mero se mueren de viejos y siguen estancaos en los diez años. ¡Guarden sus juguetes! Nomás les di cuerda a los dos, pero no sabía la mala semilla que estaba sembrando en sus cabezotas de burro. ¡De

veras están acabaos!... A ver Pedro, Asunción, dense la mano y olvídense de mí, yo ya tengo a mi güerito zanahoria. Él sí es hombre. Me imagino la vida que me hubiera tocado con cualquiera de ustedes...

—*Hey, Honey, let's go home!*

—*Yes mom! but what's happen?*

—*Nothing, my love. Two men that are my friends.*

Lupita, su “bolillo” y sus dos zanahorias junior, se retiran en una limusina negra con chofer de librea, o como se diga, en cuya parte trasera, se lee: Houston Petroleum Company. Pedro José y Asunción se quedan con la bocota abierta y rascándose la cabeza.

El día siguió tranquilo, las urracas alborotando, los perros ladrando rumbo al río y el montón de güercos jugando a los encantados, mientras una parejita se hacía arrumacos en las escalones del kiosco; de la cantina de Leal salían las notas de “Ingrato amor” con los Alegres, y la vida siguió su curso en ese mi hermoso pueblo.



Carlos Bardí en San Sebastián, Nahui Olin (1933)